



# VEINTICINCO GRANDES BATALLAS DE LA HISTORIA

Javier  
Rubio Donzé

Alberto  
Vidal Guerrero

Alberto  
Menéndez Engra

# ÍNDICE

<i>Sobre los autores</i> .....	8
<i>Agradecimientos</i> .....	9
<i>Prólogo. Vamos a contar batallas</i> , por Fernando Díaz Villanueva.....	13
1. La batalla de Qadesh (1274 a. C.).....	17
2. La batalla de las Termópilas (480 a. C.).....	25
3. La batalla de Gaugamela (331 a. C.).....	35
4. La batalla de Cannas (216 a. C.) .....	45
5. La batalla de Alesia (52 a. C.).....	53
6. La batalla de Farsalia (48 a. C.).....	61
7. La batalla de Teutoburgo (9 d. C.).....	69
8. La batalla de Adrianópolis (378) .....	77
9. La batalla de Poitiers (732).....	85
10. La batalla de Hastings (1066).....	95
11. La batalla de los Cuernos de Hattin (1187).....	105
12. La batalla de Navas de Tolosa (1212).....	115
13. La batalla de Mohi (1241) .....	127
14. La batalla de San Quintín (1557).....	135
15. La batalla de Lepanto (1571).....	143
16. La batalla de Sekigahara (1600).....	153
17. La batalla de Cartagena de Indias (1741).....	161
18. La batalla de Trafalgar (1805) .....	171
19. La batalla de Bailén (1808).....	181
20. La batalla de las Naciones. Leipzig (1813) .....	189
21. La batalla de Gettysburg (1863).....	199
22. La batalla de Verdún (1916).....	211
23. La batalla del Ebro (1938) .....	223
24. La batalla de Midway (1942).....	237
25. La batalla de Stalingrado (1942-1943).....	245
<i>Bibliografía</i> .....	255

# PRÓLOGO

## Vamos a contar batallas

Por Fernando Díaz Villanueva

**S**on un total de veinticinco, pero podrían haber sido muchas más porque del género bélico material hay para dar y tomar. Si algo los seres humanos hemos hecho con absoluta delectación a lo largo de la historia es pelearnos entre nosotros. No lo sabemos a ciencia cierta porque no ha quedado documentado en texto alguno, pero los hombres del paleolítico debieron dedicar buena parte de su tiempo a la guerra, seguramente casi todo el que no destinaban a cazar, recolectar, reproducirse y conservar el fuego. La guerra es algo que lleva nuestra especie muy dentro de sí. Pero no nos engañemos, eso de guerrear es algo que debemos evitar a toda costa. Y ojo, que esto que digo no es una moralina moderna fruto de los excesos del siglo pasado. Nuestros ancestros lejanos ya lo sabían. Antes de llegar a las manos había que ensayar primero las artes de la diplomacia, es decir, conceder una parte al adversario para quedarnos con la parte que realmente nos interesa. No es casual que un gran teórico bélico como Carl von Clausewitz se refiriese a la guerra como la continuación de la política por otros medios. Solo cuando se ha acabado lo primero empieza lo segundo. Tras la guerra no hay nada más. La guerra es el último y definitivo acto de la tragedia humana. La victoria y la derrota son sentencias inapelables, al menos hasta la siguiente guerra.

Esto es tan cierto para la batalla de Qadesh, librada hace más de tres mil años entre los hititas y el Egipto de los faraones; como para la de Stalingrado, luchada por soviéticos y alemanes hasta la última bala en una ciudad a orillas del Volga en plena Segunda Guerra Mundial. Tanto el Egipto de Ramses II como el Tercer Reich de Hitler, hubieron de replegarse tras la derrota. Ambas batallas fueron necesarias y ambas las encontrará bellamente ilustradas en este libro. Junto a ellas desfilan otros episodios de armas no menos legendarios como la batalla de Cannas entre los cartagineses de Aníbal y los romanos capitaneados por Cayo Terencio Varrón; la de los Cuernos de Hattin entre los cruzados de Jerusalén y las tropas de Saladino; o la de Trafalgar, en la que midieron sus fuerzas frente

a las costas de Cádiz las flotas de Gran Bretaña, España y Francia durante las guerras napoleónicas.

En todos los casos el disfrute está garantizado porque, aunque la guerra sea poco recomendable y suponga un castigo participar en ella, es también un acto supremo de entrega en el que se subliman los más bajos instintos del ser humano transformándose a menudo en altos sentimientos como el valor, la valentía, la fraternidad o el compromiso. Las guerras las hacen los hombres de a pie tomados de uno en uno. Personas como cualquiera de nosotros colocadas en una situación extrema, a veces obligadas por las circunstancias a comportarse como héroes. Es por ello que la guerra tuvo desde sus inicios un conjunto de normas internas que, al menos hasta las innombrables matanzas del siglo xx, los combatientes trataban de respetar para hacerse acreedores de una victoria honorable y digna de pasar a las crónicas.

Otro de los elementos típicamente bélicos es la espectacularidad. Las guerras son siempre los episodios históricos más visuales. Cuesta poner en imágenes una intriga palaciega o una disputa religiosa, pero no una batalla. Cualquiera de ellas sin importar la que escojamos es un regalo para los sentidos, especialmente para los ojos. Esto empieza en los uniformes y la panoplia de los soldados, continúa por los desfiles y termina en la gama infinita de ingenios de guerra que siempre han estado en la vanguardia tecnológica de cada época. Un libro de batallas sin ilustraciones es como una estatua sin leyenda en el pedestal. Le falta el contexto visual, a menudo clave para entender la batalla en cuestión. Los autores de este libro, dos jóvenes historiadores y un algo menos, pero también joven arquitecto que se ha convertido en uno de los principales divulgadores históricos en lengua española, comprendieron que, en esto de contar batallas, de poco sirve el mejor texto de no mediar antes la ilustración adecuada. Los jóvenes historiadores, Alberto Vidal Guerrero y Alberto Menéndez Engra, junto al arquitecto Javier Rubio Donzé, se han esmerado en ofrecer un relato ameno y preciso de estas veinticinco batallas. Javier también ha dirigido el proyecto, y junto a su equipo de ilustradores, ha transformado esos relatos en imágenes. El resultado es lo que tiene entre las manos. Le garantizo que lo leerá y contemplará de principio a fin.



1

# LA BATALLA DE QADESH

(1274 a.C.)

## Bronce, sangre y carros en la última gran batalla del faraón

La batalla de Qadesh, primera de la historia que tenemos documentada de manera detallada, tuvo lugar en el valle del río Orontes, cerca de la ciudad que da nombre al enfrentamiento (actual Kinza, Siria) en el año 1274 a. C., en el periodo del Imperio Nuevo egipcio (ca. 1550-1070 a. C.), gobernado por aquel entonces por Ramsés II. Esta batalla es considerada la última gran batalla de la Edad del Bronce y uno de los encontronazos más famosos de este periodo, por el gran número de carros que participaron en ella. No nos referimos, por supuesto, a los más recientes carros de combate, sino a carros de madera de dos ruedas, tirados por caballos.



Ramsés II

Su majestad (Ramsés II) llevó su caballo al galope y cargaron las tropas del enemigo hitita... y descubrieron 2.500 carros atacándole, todo el rápido ejército enemigo. (Inscripción egipcia de Tebas, siglo XIII a. C.)



Muwatalli II

### Antecedentes

Egipto, «el regalo del Nilo», como lo definió el historiador griego Heródoto,<sup>1</sup> fue un floreciente reino que había conseguido desarrollarse desde tiempos milenarios en torno al valle de un gran río, el río Nilo. Esta civilización consiguió desarrollarse sin ser demasiado perturbada por sus pueblos vecinos gracias a lo inhóspito de los desiertos circundantes y al esplendor civilizatorio alcanzado por sus gobernantes. Como hemos adelantado, el reinado de Ramsés II (XIX dinastía) fue uno de los más famosos del periodo conocido como Imperio Nuevo. Pero es que este faraón es uno de los más conocidos de toda la historia egipcia, pues entre otras cosas fue un auténtico «rey guerrero», que combatió con los pueblos que amenazaban sus dominios: hititas, moabitas, edomitas, los territorios del Néguev y los libios. De entre todos estos, el pueblo hitita, un imperio en expansión que deseaba ampliar sus dominios a costa de otras pujantes civilizaciones, era el enemigo acérrimo de Egipto.

Los dominios hititas hacían frontera con los egipcios por el norte, donde actualmente se encuentra la frontera entre el Líbano y Siria. La tensión bélica de aquel entonces era muy similar a la que existe actualmente en aquellos territo-

<sup>1</sup> Historiador y geógrafo griego del siglo V a. C. considerado como el padre de la Historia en el mundo occidental.

rios, y es que esta zona ha sido desde antiguo un terreno estratégico importante: por estas cálidas tierras tan codiciadas transitaban numerosos comerciantes entre el Mediterráneo y Asia, además de ser un terreno muy rico en cuanto a agricultura y recursos se refiere. Destacaba en esta zona la ciudad de Qadesh, situada en la frontera entre ambos reinos y desde donde se controlaban las principales vías de comercio del lugar. Por ello, este importante enclave fue objeto de grandes conflictos, siendo conquistada una y otra vez, pasando de manos egipcias al poder hitita y a la inversa.

En Egipto, Ramsés II comenzó su reinado emprendiendo toda una campaña cultural e ideológica cuya imagen principal era su persona: quería mostrarse ante sus súbditos y ante las potencias extranjeras como un gran guerrero que no tenía miedo a nada ni a nadie. Por ello levantó numerosos monumentos y templos, donde era representado luchando o conduciendo un carro arrollando a sus enemigos. Para demostrar su valía y su capacidad de gobierno, se enzarzó en numerosos conflictos. En aquel tiempo, la importante ciudad de Qadesh estaba bajo dominio hitita, una situación nada favorable para los intereses del faraón. Ramsés II tomó entonces una importante decisión: reunir un numeroso ejército y avanzar hacia el norte para recuperar la ciudad de Qadesh.

Gobernando a los hititas se encontraba el rey Muwatalli II, rey sabio y consciente de la importancia de Siria para su pueblo y sus intereses. El reino de Hatti tenía problemas también con otros pueblos como los asirios, pero el joven rey procuró pacificar sus fronteras y, conociendo las intenciones nada amistosas del faraón, preparó un ejército para hacerle frente y acabar con su amenaza de una vez por todas.

Esta época es oscura en cuanto a datos precisos, pero la historiografía más reciente calcula que el ejército de Ramsés II estaba compuesto por unos 20.000 hombres y unos 2.000 carros; mientras que el ejército hitita era mucho más numeroso, aunque menos profesional, compuesto por más de 30.000 soldados y 3.500 carros.

Ramsés dividió su ejército en cuatro divisiones, poniéndoles el nombre



**Infantería egipcia**



de diferentes dioses: Amón, Ra, Seth y Ptah. Cada división poseía un cuerpo de carros que se solía situar en el centro de cada una. Estos carros tirados por caballos se desplazaban a poco más de 40 kilómetros por hora y eran capaces de realizar giros bruscos gracias al espacio entre sus ruedas. Cada carro, aparte de los caballos, llevaba dos hombres: el auriga y un guerrero armado con arco y espada de bronce, pues debemos recordar que el hierro todavía no estaba presente en los ejércitos de esta época. Además, los egipcios poseían soldados especialmente entrenados para correr tras los carros y protegerlos pie en tierra cuando fuese necesario.

Los carros hititas eran más pesados y lentos y, en lugar de dos, llevaban hasta tres hombres, lo que les otorgaba cierta ventaja a la hora del combate. Este miembro extra podía sujetar el escudo para proteger al resto de soldados que iban junto a él o saltar al campo de batalla para apoyar al carro combatiendo pie en tierra, como hacían los corredores del ejército egipcio.



**Carro de Ramsés**

## La batalla

Hacia el mes de mayo de 1274 a. C., las divisiones de Ramsés avanzaron hacia la ciudad de Qadesh. Cuando se encontraban a apenas 11 kilómetros se cruzaron con dos nómadas que les informaron de que el rey hitita estaba en la tierra de Alepo, es decir, a 200 kilómetros de distancia. El faraón, junto a la división de Amón que iba en cabeza, decidió establecer allí su campamento mientras esperaban al resto del ejército. Sin embargo, se trataba de información falsa transmitida por los propios hititas, una trampa urdida por el astuto rey Muwatalli, quien había ordenado a sus soldados que se ocultaran al otro lado del río Orontes, cercano a la ciudad. Más tarde, una avanzadilla egipcia capturó a varios soldados hititas, quienes acabaron confesando el paradero real de su ejército: el enemigo estaba cerca.

Al conocer la posición del enemigo, Ramsés ordenó a sus oficiales que apresuraran la llegada de las otras divisiones. Pero el faraón cometió un error: soltó a los prisioneros enemigos, quienes corrieron a avisar a su rey de la débil situación de los egipcios. Así, mientras el faraón se encontraba reunido con sus oficiales planeando cómo podían resolver la delicada situación, los carros hititas cruzaron el río y cargaron contra el centro de la división Ra, que había acelerado su marcha y se encontraba cercana ya a la posición de Ramsés. Sorprendidos por el ataque, los egipcios de esta división se dispersaron en todas direcciones.

Entonces, los carros hititas giraron hacia el norte, persiguiendo a los carros de la división Ra, que huyeron en aquella dirección para llegar al campamento de Amón, donde se encontraba el faraón. La situación sorprendió a los egipcios acampados al ver a parte de los carros de Ra viniendo hacia ellos seguidos de cerca por los carros hititas, que cargaron contra su posición. Aunque las defensas del campamento frenaron el ímpetu del ataque, el escenario no era nada favorable para los soldados del faraón. En el épico relato egipcio de la batalla, quizá para añadirle un tono todavía más dramático, Ramsés se describió a sí mismo como abandonado y rodeado de enemigos: «Ningún oficial estaba conmigo, ningún auriga, ningún soldado del ejército, ningún escudero».



Ra

El faraón, ahora enfrentando una lucha desesperada por su vida, hizo acopio de valor, invocó a su dios Amón y luchó para salvarse. Gracias a la mayor maniobrabilidad de sus carros, Ramsés encabezó personalmente varias cargas contra las filas hititas junto con los carros de su guardia personal, los de la división Amón y supervivientes de la división derrotada de Ra.

Los hititas, debido al caos de la batalla, creyeron que sus enemigos estaban totalmente derrotados y dejaron de luchar para saquear el campamento egipcio, lo que les convirtió en blanco fácil para el contraataque de Ramsés. La acción del faraón tuvo éxito e hizo retroceder a los hititas hacia el río Orontes y los alejó del campamento, mientras que sus carros más pesados fueron fácilmente alcanzados por los ligeros y ágiles carros egipcios.

Aunque parecía que las tornas del destino giraban favorablemente hacia Egipto, Muwatalli II todavía comandaba una gran fuerza de carros de reserva e infantería, además de contar con la ventaja que le daban las murallas de la ciudad. Cuando sus tropas en retirada llegaron al río, lanzó otros mil carros contra los egipcios. Las fuerzas hititas comenzaron el ataque sobre el campamento enemigo, pero en ese momento llegaron los carros de los Ne'arin,<sup>2</sup> sorprendiendo a los hititas. A este ataque sorpresa se sumó la división de Ptah, que llegó desde el sur, amenazando a la retaguardia hitita.

Las fuerzas de Muwatalli estaban prácticamente rodeadas y fueron empujadas hacia el río Orontes, donde se vieron obligados a abandonar sus carros e intentar cruzar el río a nado apresuradamente, «nadando tan rápido como los cocodrilos», como escribirían los testimonios egipcios; pero muchos de ellos perecieron ahogados.

## Consecuencias

Pese a esta huida final de los hititas, el resultado de la batalla es incierto para los expertos. Las fuentes egipcias nos hablan de una gran victoria de Ramsés II, pero para algunos historiadores y egiptólogos se trataría de simple propaganda. Aunque Muwatalli se vio obligado a retirar sus tropas, muchos de los soldados hititas, sobre todo la infantería, no combatieron. Esto nos hace pensar en una retirada táctica por parte del rey hitita. Además, la ciudad de Qadesh no pasó a manos de los egipcios, que, diezmados, no podían llevar a cabo un sitio decente

---

<sup>2</sup> Algunos consideran a estas tropas como un cuerpo de élite, otros historiadores creen que se trataba de los carros de la división Seth.

para tomar la plaza. Ramsés retiró sus tropas dirigiéndose de nuevo hacia el sur, por lo que la ciudad continuó bajo el dominio de Muwatalli.

Más adelante el monarca hitita emprendió una campaña contra los dominios egipcios, tomando la región de Apa y estableciendo a su hermano Hattusili (futuro Hattusili III) como gobernador de la misma. La esfera de influencia egipcia se redujo hasta Canaán y aun ahí su poder se vio amenazado por revueltas internas. Ramsés emprendió varias campañas para recuperar el territorio arrebatado y obtuvo sorprendentes victorias, pero no logró mantener su poder en las zonas conquistadas.

Finalmente, quince años después de la batalla de Qadesh, Ramsés y el nuevo rey de los hititas, Hattusili III, firmaron un tratado de paz que acabó con los conflictos fronterizos. Se escribió el texto sobre una tablilla de plata, de la cual sobrevivió una copia de arcilla en la capital hitita de Hattusa, actual Turquía, que se exhibe en el Museo de Arqueología de Estambul. Una réplica ampliada del acuerdo de Qadesh cuelga de una pared en la sede de las Naciones Unidas. Es considerado como el primer tratado internacional de paz de la historia.



2

# LA BATALLA DE LAS TERMÓPILAS

(480 a.C.)

## Una derrota necesaria e inspiradora

La famosa batalla de los 300, narrada principalmente por el historiador Heródoto de Halicarnaso, tuvo lugar durante la Segunda Guerra Médica. Es un drama heroico sublimado por el arte y la literatura a lo largo de los siglos, y más recientemente, por el cine.

Las Guerras Médicas del siglo v a. C. nos dejaron episodios bélicos ampliamente conocidos: Termópilas (el que nos ocupa), Maratón, Salamina o Platea; y enfrentaron a los griegos contra los medos (de ahí el nombre). Los medos era como llamaban los griegos a los persas, o mejor dicho, al Imperio aqueménida.

Se le conoce como Imperio aqueménida por su fundador y primer monarca, un tal Aquemenes.



Jerjes

Nosotros, los occidentales, al ser en buena parte herederos de la cultura grecorromana, solemos identificarnos con estos. Por ello los aqueménidas han pasado en el imaginario colectivo a jugar el papel de villanos, siempre asociados a un poder despótico. También pesa mucho que todas las fuentes que nos han llegado sobre los hechos sean fuentes griegas. De ahí, también la exageración de las cifras. Heródoto habla de millones de persas en las Termópilas. Pero ni tantos, ni tan calvos, como veremos a continuación.



Leónidas

### Antecedentes

Situémonos en la antigua Grecia, en la tierra de los helenos, conocida como la Hélade. Durante los siglos VIII, VII y VI a. C. se fueron configurando las polis o ciudades estado. Las más poderosas fueron absorbiendo a sus vecinas. Hubo dos ciudades rivales que se ganaron por derecho propio la primacía en ese mundo heleno: Esparta y Atenas.

Atenas, para principios del siglo v a. C. se había hecho con el control de todo el Ática, convirtiéndose en la polis más poderosa de la Grecia central y en un centro cultural muy notable. Contrastaba con la austeridad de Esparta, que sufrió un desarrollo diferente. Durante la conquista de Laconia los guerreros espartanos subyugaron a una gran parte de su población, los llamados ilotas, obligándoles a trabajar para ellos. Los griegos amaban la libertad, pero esa libertad era sostenida con esclavitud y para ello Esparta necesitó crear un fuerte Estado

militarizado y autoritario que controlase y reprimiese a esos esclavos llamados ilotas.

Por otro lado, los persas fueron forjando el imperio más poderoso y grande que la humanidad había conocido hasta aquel momento. A pesar de su inmerecida fama, permitían cierta autonomía a los pueblos sometidos. Si no, nunca hubiesen conseguido sostener un imperio tan extenso y heterogéneo. Los persas no eran un hatajo de salvajes incultos y atrasados, sino un conglomerado de pueblos gobernados por una aristocracia refinada. Prueba de ello son sus ciudades, donde se atisba una sociedad compleja con un alto grado civilizatorio.



Hoplita

Para el año 546 a. C. absorbieron el Imperio lidio, asentándose en Asia Menor (Turquía). Las ciudades griegas de la costa de Anatolia fueron sucumbiendo una por una. Al Imperio persa, gobernado por Darío I el Grande, ya solo el mar Egeo le separaba de los griegos continentales; por tierra, el Helesponto (Estrecho de los Dardanelos). Y se lanzaron a la conquista, pero por otra vía más expedita. Ascendiendo por el mar Negro, llegaron a la desembocadura del Danubio, penetrando en el continente. Tras anexionarse Tracia y someter a los macedonios, cruzaron las llanuras de Tesalia. Era la Primera Guerra Médica (492-490 a. C.) que concluye con la victoria ateniense en la batalla de Maratón, cargada de leyenda. Los persas se retirarían, pero el asunto no había quedado zanjado. Y eso nos lleva de lleno a otra guerra.

### **La Segunda Guerra Médica. Preparativos en ambos lados**

Darío empezó a preparar su venganza, poniendo a una confederación de griegos de nuevo en pie de guerra. Pero hubo de esperar, pues en Egipto había estallado una rebelión haciendo inevitable el posponer los preparativos. Mientras se disponían a sofocar la sublevación, el rey Darío murió en 486 a. C., y fue su hijo Jerjes quien aplastó la revuelta. También sería el encargado de planear la segunda invasión de Grecia y reparar la gloria que su padre había perdido. A la guerra que se avecinaba se la conocería como la Segunda Guerra Médica.

Cuenta Heródoto que mientras Jerjes pasaba revista a su colosal ejército compuesto de fuerzas terrestres y navales preguntó a Demarato su opinión sobre el potencial de sus enemigos. Demarato, que conocía bien a los espartanos —pues había sido su rey y tras ser desnaturalizado y desterrado tuvo que buscar refugio





**Guerrero de los Inmortales**

en Persia— le respondió con franqueza: «Los lacedemonios (espartanos) cuerpo a cuerpo no son por cierto inferiores a nadie, y en las filas son los más bravos de los hombres. Libres sí lo son, pero no libres del todo, pues soberano tienen en la ley de la patria, a la cual temen mucho más de lo que vuestros vasallos te temen a ti. Cumplen sin falta lo que ella les manda, y ella les manda siempre lo mismo: no volver las espaldas estando en el campo de batalla ante un contingente enemigo, sino vencer o morir sin dejar su puesto». Jerjes se tomó a risa la respuesta de Demarato y continuó planeando el avance de sus efectivos. Esta vez sí cruzaron el Helesponto, construyendo dos puentes de dos kilómetros de longitud, por donde pasaron las tropas.

Los persas fueron avanzando sobre distintas ciudades, reclamando un tributo de tierra y agua, es decir, sometimiento. Los griegos (principalmente atenienses y espartanos) rechazaron esa servidumbre. No eran ajenos a los preparativos de los persas, por lo que empezaron a preparar la defensa. Técnicamente muchas polis estaban en guerra unas con otras, y aun así, en otoño de 481 a. C. delegados enviados al istmo de Corinto consiguieron ponerse de acuerdo y estudiar las medidas que debían de ser adoptadas. La confederación de polis aliadas encabezada por Esparta volvió a reunirse en la primavera del año siguiente. Una delegación sugirió bloquear a las fuerzas terrestres de Jerjes en el Paso del Tempe, al sur del monte Olimpo, pero finalmente los griegos se retiraron al ver la enormidad del ejército enemigo. La siguiente ocurrencia fue ocupar la entrada de las Termópilas, por parecerles que era más angosta que la que da paso a Tesalia, y la mejor para empezar el teatro de aquella guerra. La línea de defensa quedó de esta manera establecida: por mar, la flota griega se apostaría cerca del cabo Artemisio, mientras que por tierra se defendería el paso de las Termópilas.

Termópilas significa «puertas calientes», debido a los numerosos manantiales de aguas termales con los que contaba la zona. En la actualidad la zona ha variado sustancialmente, por lo que es difícil imaginarse la batalla si se hace una visita. Los aluviones del río que pasa por allí han aumentado la línea de costa entre 3 y 5 kilómetros hacia el Golfo Maliaco. Pero entonces era un desfiladero inexpugnable, al contar con varios estrechamientos en los que era imposible desplegar un ejército. La superioridad numérica dejaba de esta manera de ser un factor tan desequilibrante. Leónidas, rey de los espartanos,<sup>1</sup> fue el que asumió la

<sup>1</sup> Esparta era una diarquía con dos reyes.

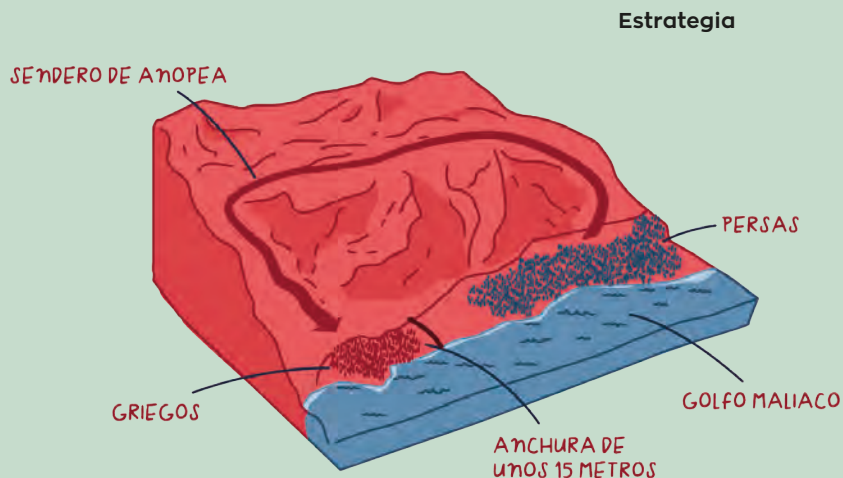
responsabilidad de liderar la defensa. Los espartanos, que se habían mantenido al margen del fragor de la batalla en la Primera Guerra Médica, sí ejercieron un papel determinante en la segunda. Previamente habían consultado el oráculo. La Pitia respondió que una de dos cosas sucedería: «O que fuese Lacedemonia (Esparta) arruinada por los bárbaros, o que pereciese un rey descendiente de Heracles». Aquí Heródoto, para realzar la figura de Leónidas, entronca su linaje con los Heráclidas. Si atendemos al relato, Leónidas de alguna manera sabía que allí se enfrentaría con la muerte y con la eternidad.

## La batalla

Leónidas acudió a las Termópilas (480 a. C.) junto a 300 hombres de su guardia real entrenados para pelear desde que eran niños. Aun así, los famosos 300 espartanos no combatieron solos, pues Leónidas comandó una fuerza en la que había también al menos 700 tespios y 400 tebanos, así como algunos soldados locrios, focidios y de otras ciudades. Es probable que las fuerzas griegas ascendieran a unos 7.000 o 10.000 combatientes. Estimaciones modernas rebajan las cifras de Heródoto a unos 400.000 persas.

## Primer día

Jerjes envió a un emisario para negociar la rendición con Leónidas ofreciéndole ventajosas recompensas. El rey espartano rechazó la propuesta. El embajador



le había rogado que entregase las armas, a lo que Leónidas le respondió con la famosa frase: «Ven a buscarlas tú mismo». Al fracasar la negociación el enfrentamiento se hizo inevitable. Sin embargo, Jerjes esperó unos días más antes de atacar, por si los obtusos griegos se lo pensaban mejor y se retiraban al comprobar la magnitud de su poderoso ejército.

### Quinto día

Jerjes, completamente confiado en la superioridad de su ejército, se decidió a lanzar sus tropas de infantería ligera. Esos efectivos mal armados y poco disciplinados se estrellaron contra la falange de hoplitas<sup>2</sup> apostada «hombro con hombro» en el muro focidio.<sup>3</sup> Tras haberle tomado la medida al enemigo, Jerjes lanzó una segunda oleada: los famosos inmortales, un cuerpo de infantería de élite formado por 10.000 hombres diestramente entrenados. Sin embargo, el resultado fue el mismo: no consiguieron abrir una brecha en las disciplinadas líneas comandadas por Leónidas. Ese primer día de combate cuerpo a cuerpo termina muy bien para los griegos y sin apenas bajas.

### Sexto día

En el sexto día también se produjo de nuevo una lucha encarnizada entre griegos y persas. Jerjes confiaba en que los hombres de Leónidas estuvieran fatigados tras la defensa del día anterior. Calculó mal. Los tenaces espartanos no se lo iban a poner fácil, y después de otro espectacular choque de fuerzas, impidieron que los persas progresaran. Sin embargo, la suerte de los griegos cambió dramáticamente esa tarde. Todo por un tipo llamado Efiltes, originario de Tesalia, y arquetipo de la traición, que visitó el campamento de Jerjes para revelar la existencia de un camino a través de las montañas que permitiría rodear a los griegos. Esta ruta era conocida como el Sendero de Anopea. Desconocemos los motivos que llevaron a Efiltes a traicionar a los suyos. Lo que sí nos dice Heródoto es que buscaba recibir una gran recompensa del rey persa, recompensa que, por cierto, jamás recibió. Y no porque Jerjes no se aprovechara del soplo, pues lo que hizo a continuación el rey persa fue mandar a los inmortales comandados por Hidarnes, junto a otros efectivos. Unos 20.000 en total. Leónidas, sabedor de

---

<sup>2</sup> Los hoplitas eran los soldados de infantería pesada de las ciudades estado de la antigua Grecia. El sistema de combate de esos soldados se basaba en la falange, una formación compacta de hoplitas equipados con casco, armadura, lanza y un escudo redondo llamado hoplón (que daba nombre al hoplita).

<sup>3</sup> Antigua construcción defensiva.

que algo así podía ocurrir, había dado la orden de que una hueste focidia protegiera esa ruta de montaña.

### Séptimo día

En el séptimo día (tercero de combate) los focidios que protegían el sendero a su llegada al desfiladero notaron la presencia de la columna persa que había caminado durante toda la noche y se disponía a rodearlos. Los focidios se subieron a una colina tratando de defender el paso, pero fueron sorprendidos con una lluvia de flechas. Su comportamiento no estuvo a la altura, incluso algunos autores lo califican de negligente, pues permitió a los inmortales rodear al ejército griego.

Se convocó rápidamente un consejo de guerra. Muchos optaron por la retirada. Pero una retirada no garantizaba la supervivencia de los griegos. La caballería persa podía iniciar una persecución y con ello una masacre. Leónidas y sus 300 se ofrecieron a proteger la retirada de las fuerzas griegas. Junto a ellos,



700 tespios y 400 tebanos.<sup>4</sup> Todos ellos darían la vida por salvar al resto de sus compañeros de batalla. Mientras compartían su última comida juntos se supone que Leónidas le dijo a sus soldados: «Comed bien, compañeros; hoy cenaremos en el Hades».<sup>5</sup>

Leónidas y los suyos lucharon con gran gallardía hasta el final. Ni siquiera trataron de defenderse en el muro focidio, sino que se dirigieron al paso más ancho y se colocaron en formación de falange. Los que ya no tenían lanza lucharon con su espada. Los que habían perdido la espada se defendieron con uñas y dientes. Llegaron a matar a un buen número de persas. Abrocomes e Hiperantes, hermanos de Jerjes, cayeron. Leónidas también. Pero los griegos siguieron luchando. Jerjes, enfurecido, decidió cortar por lo sano. Dio orden a sus arqueros de apuntar hacia esos irreductibles y obstinados hoplitas. Una nube de flechas los sepultó.

El paso quedaba por fin expedito. Los persas habían obtenido la victoria, pero una victoria amarga. Habían perdido unos 20.000 hombres. Los griegos unos 2.000. Jerjes se hizo con el cuerpo de Leónidas y le cortó la cabeza, práctica poco habitual en los persas. Leónidas, el gran héroe, pasaría a la posteridad como un auténtico mártir. Mereció un trato más digno, un trato honorable que estuviera a la altura del coraje que había demostrado.

## Consecuencias

En paralelo a la batalla terrestre de las Termópilas ocurrió la batalla naval de Artemisio. La flota persa había quedado menguada tras una serie de tormentas. Aun así era más numerosa que la flota aliada griega, principalmente ateniense. Tras una serie de enfrentamientos navales los griegos recibieron la noticia de la derrota en el desfiladero de las Termópilas. La idea inicial era contenerles en la latitud Termópilas-Artemisio. Pensaron que ya no tenía sentido permanecer allí, así que levaron anclas y descendieron hacia el sur, acercándose a Atenas para efectuar una posible evacuación.

Y en efecto Jerjes avanzó con sus tropas y consiguió tomar el Ática, que fue arrasada. La Acrópolis de Atenas fue víctima del pillaje y de las llamas. Nos dice Heródoto que este funesto acontecimiento quedó grabado en las mentes de los atenienses y de todo el mundo griego.

---

<sup>4</sup> Muy probablemente también había unos cuantos ilotas.

<sup>5</sup> Inframundo en el que creían los griegos.

La flota griega volvió a presentar batalla a la flota persa cerca de la isla de Salamina (480 a. C.). La estrechez del espacio impidió la capacidad de maniobra de la flota persa. La flota helena, comandada por el ateniense Temístocles, más organizada, aprovechó la situación y capturó al menos 200 naves enemigas. La batalla marcó un punto de inflexión en la guerra e hizo que los griegos recuperaran el optimismo.

Jerjes se retiró a Asia con buena parte de su ejército dejando al general Mardonio con algunas tropas para llevar a cabo la conquista de Grecia. Al año siguiente se libró la batalla de Platea (479 a. C.), una batalla terrestre en la que los griegos consiguieron una importante victoria, causando grandes bajas a los persas y dando muerte a su caudillo Mardonio. Hinchados de moral, los marineros griegos lucharon y consiguieron una victoria decisiva en la batalla de Mícala.

La guerra no había terminado del todo, pero había quedado vista para sentencia. Incluso los griegos pasarían ahora al contraataque, internándose en Asia Menor y conquistando algunas ciudades e islas del Egeo. Los historiadores suelen coincidir en que la derrota inicial de las Termópilas —con su relato hermosamente embellecido por Heródoto y Diodoro— fue clave para que los griegos ganaran tiempo, y con ello la guerra.

Jerjes fue asesinado en el año 465 a. C. por un comandante de su guardia real. Con la paz de Calias de 449 a. C. finalizaron las Guerras Médicas, aunque las luchas no cesaron en la Hélade. El creciente poderío ateniense fue el desencadenante de las Guerras del Peloponeso, libradas por dos alianzas encabezadas por Atenas y Esparta.